



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Año IV, nº 6, 22 de noviembre de 2009



EVANGELIO DE LA SEMANA

Juan 18, 33b-37

En aquel tiempo, dijo Pilato a Jesús:

-«¿Eres tú el rey de los judíos?»

Jesús le contestó:

-«¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?»

Pilato replicó:

-«¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?»

Jesús le contestó:

-«Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí.»

Pilato le dijo:

-«Conque, ¿tú eres rey?»

Jesús le dijo:

-«Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz.»

ESTA SEMANA:

TESTIMONIO: 20º aniversario de los mártires de El Salvador.

CONFIRMANDO LA FE: El Reino: Testimonio de la verdad y servicio a los demás

TESTIMONIO

20º Aniversario de los mártires de El Salvador

Hace 20 años, en **noviembre de 1989** y sobre un pequeño trozo de césped junto a su residencia universitaria, **seis hombres y dos mujeres eran asesinados** en la más absoluta impunidad. Ellos eran jesuitas, y ellas, colaboradoras en las tareas de la casa. **Sus muertes golpearon las conciencias** de tantos creyentes que habían comprendido la opción preferencial por los pobres del Vaticano II.



Ahora, a los veinte años sólo deseamos enfatizar la dimensión cristiana de unos hombres y mujeres capaces de morir para hacer de todos nosotros testigos y profetas del Evangelio. **Sus ideales fueron los de Jesús Mesías** y, como él, merecieron, en un momento dado, la cruz y la sepultura, la acusación y la calumnia, el menosprecio y hasta el cinismo de sus contradictores. **La fuerza del martirio es mucho más poderosa que las debilidades de los mártires**, porque su sangre limpia sus posibles culpas y exalta su sangre exquisita. Los valientes y arriesgados, lo dan todo por la Iglesia y su Evangelio.

En **mayo de 1990**, a los pocos meses de los asesinatos, se me concedió la gracia de visitar tierra salvadoreña. A las pocas horas de mi llegada, me acerqué a la Universidad. De pronto, me encontré ante un trocito de césped donde un hombre, ya entrado en años, cuidaba **unos rosales** con un cariño que se percibía en el rompedor color de las flores. Me dijo que se llamaba Obdulio y que era el marido y padre de las mujeres asesinadas junto a los jesuitas. Y, ante mi enorme conmoción, añadió estas lúcidas y emocionantes palabras: “Mi mujer y mi hija murieron con los Padres, un poquito más allá, y **para mí es un honor cuidar del césped en el que ellos fueron asesinados**, porque casi todos eran españoles y dejaron su patria para venirse acá con nosotros, y morir por nuestro pueblo, ¿comprende?”. Quedé largo rato contemplando su quehacer, y entonces comprendí el sentido de aquellas muertes y su capacidad resucitadora. Y nunca lo he olvidado.

Hay una **justicia que brota de la fe**, pero también podemos hablar de una **fe que brota de la justicia**. Y es que teoría y praxis se conjugan con un mismo verbo: amar hasta la muerte y muerte de cruz..., para resucitar en el pueblo. Es un gran misterio, pero entre los discípulos del Señor Jesús no puede haber otro, **el Misterio Pascual**. No en vano, sus enemigos dijeron que convenía que un hombre muriera por todo el pueblo. Exactamente igual sucedió en la UCA.

Aquí, en el mundo desarrollado, **en nuestra España**, podemos pensar que nuestra fe anda a la deriva social, que pierde lugar cuando un laicismo invasor se confronta sin recato con ella. Todo lo contrario, porque la fe no es abstracción, y sí una experiencia personal que conduce al compromiso histórico desde la Pascua del Señor Jesús.

CONFIRMANDO LA FE

El Reino: Testimonio de la verdad y Servicio a los demás

La festividad de Cristo-Rey del Universo fue instaurada por el Papa Pío XI el 11 de marzo de 1925. Se pretendía con esta fiesta afirmar la soberanía de Cristo y de la Iglesia en todas las esferas de la vida humana. Décadas más tarde, el Concilio Vaticano II modificó el sentido de la fiesta, cuyo renovado espíritu late en el compromiso formulado por un grupo de obispos al concluir el Concilio: *“Renunciamos para siempre a la apariencia y a la realidad de la riqueza, especialmente en los ornamentos, colores brillantes, galas ricas, insignias de materia preciosa, etc. Rehusamos ser llamados por los nombres y títulos que significan grandeza y poder Eminencia, Excelencia, Monseñor. Preferimos ser llamados con el nombre evangélico de Padre”*.

La lectura del evangelio de la fiesta explica muy bien el fondo y la razón de este compromiso: *“Mi reino no es de este mundo”*. Porque es el mismo Jesús quien, ante la insistencia de Pilato, afirma y define su realeza: **“Sí, yo soy rey: para eso he nacido, para eso he venido al mundo, para atestiguar la verdad”**. Jesús identifica meridianamente su realeza con su misión: testimonio y servicio.



El poder crea dominación, uniformidad, produce despersonalización y sumisión. Sin embargo, la fuerza del testimonio y el servicio no domina ni se impone, ni castiga ni condena ni excluye, sino que convence, crea libertad y unidad en la diversidad e igualdad; escucha, no sólo oye sino que se compromete con la Persona y forma de actuar de Jesús: ser sus testigos, dar testimonio de Él –la Verdad- con nuestra vida para construir su Reino –amor y servicio a los demás- en el mundo y en la vida de cuantos nos rodean, transformándolo todo de acuerdo al deseo de Dios:

**“Padre nuestro que estás y reinas en el cielo,
que estás y quieres reinar en la tierra;
Ayúdanos a ser y vivir como hermanos.
Que tu nombre sea bendito, santificado, respetado;
Que todos te conozcan y que nosotros te demos
a conocer en nuestra vida.
Que venga tu reino: que venga la justicia, la solidaridad, la paz;
Que nadie muera de hambre ni de sed ni de odio;
Que nadie sea explotado, oprimido;
Que nadie sea excluido, marginado, discriminado.
Que venga tu Reino, tu Espíritu, y que se adueñe de nuestros
corazones
y que empiece en ellos a reinar con fuerza,
Para que nos empeñemos ya en hacer tu voluntad en la tierra,
como se hace en el cielo;
Para que anticipemos ya en el suelo
el Reino de solidaridad que hay en el cielo. AMEN”.**
¡QUE VENGA TU REINO!

ORAR PARA RECREAR LA ESPERANZA

**“Orar no es hablar a Dios, sino oír cómo Dios me habla.
Orar no es suplicar a Dios, sino recibir lo que El quiera darme.
Orar no es ser escuchado por Dios, sino escuchar cómo Dios me ora.
Orar no es pedir perdón a Dios, sino abrirme a lo que El me propone.
Orar no es ofrecerme a Dios, sino acogerlo a El en la ofrenda que El me
hace de Sí.
Orar es morir y resucitar”.**